

“Alégrense y regocíjense”

Mt 5, 1-12

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant ocds

Lectio Divina

JESÚS, NOS PROMETE LA FELICIDAD Y NOS DA SEGURIDAD DE LLEGAR A ELLA

Para el líder de un grupo religioso, que quiera ganarse la simpatía de los demás y conseguir partidarios, el manifiesto programático de las bienaventuranzas parece, a primera vista, un despropósito. Escuchar esta letanía, marcada por el inicial «felices», puede suscitar sentimientos contradictorios y opuestos: desde el cándido placer de sentirse acariciado por la felicidad, hasta el disgusto por una inversión de términos que trastocan la realidad.

La promesa de beatitud o felicidad llega desde todas partes, y todos hacen gala de poseer la receta milagrosa. Hay quien invita a disfrutar de la vida, explotándola al máximo, porque es breve y fugaz: disfrutar del cuerpo, la mesa, la cama, el juego, la lectura, la naturaleza; en fin, una especie de insaciable *Carpe diem* (aprovechar el día). Hay quien, en la vertiente opuesta, considera que el deseo es el instrumento infernal del dolor. De aquí la necesidad de controlar el potencial del deseo hasta reducirlo al mínimo y neutralizarlo. Hay quien piensa que la felicidad se consigue destruyendo el arsenal que la azota y propugna luchar contra la enfermedad, el sufrimiento, la marginación, la pobreza. Hay quien juzga con pesimismo la realidad y cree que nada puede proporcionar una felicidad verdadera y estable, porque el hombre está achatado por el sufrimiento físico y moral; no hay que resignarse a una situación sin salida. Hay quien se refugia en el sueño, evadiéndose de este valle de lágrimas, y señala con el dedo un paraíso perdido, viviendo con la ilusión de encontrarlo un día, aunque sea después de la muerte. Este tipo también es un resignado que, en vez de «preagónico», como el anterior, responde al envite. Jesús no elude la tarea de ofrecer su fórmula, porque sabe muy bien que el deseo de felicidad está arraigado en el hombre y pertenece a sus necesidades fundamentales, como el aire, el agua, la comida, la vivienda, los amigos. La propuesta evangélica es, a primera vista, arriesgada y aparentemente ilógica y utópica. En cambio, tiene a su favor dos razones concretas.

La primera consiste en la experiencia directa de Jesús: está proclamando aquello que vive; la segunda, está avalada por el tiempo: dos mil años de historia del evangelio no han empañado en nada el valor de esta página, que ha encontrado a lo largo de los siglos no sólo convencidos defensores, sino también entusiastas practicantes.

La historia verifica el resultado de la fórmula propuesta a cada uno de nosotros. ¿Qué lugar ocupan las bienaventuranzas en nuestra vida?

ORACION

¡Señor, tenemos tanta hambre y sed de alegría... !

Queremos ser felices, siempre. Tus bienaventuranzas nos entusiasman y nos descorazonan. Nos entusiasman porque vemos en ti al intérprete de la felicidad, la persona que sabe dar las indicaciones precisas, acrisoladas por ti y experimentadas por millones de personas que se han fiado de ti y han confiado en ti.

El tiempo no ha desgastado tu mensaje, ni lo ha superado, a pesar de los sobresaltos de las modas. También esto nos entusiasma. Estamos perplejos y un poco descorazonados, porque encontramos que es un programa valiente, con exigencias fuertes, para hombres firmes.

Gracias, Señor, porque no nos menguas en el empeño, porque nos propones cumbres sublimes; gracias, sobre todo, porque te haces cercano para que nuestro sueño sea una realidad y ya hoy nos permites saborear tu gozo, como anticipo de aquel que no tiene fin contigo, con el Padre y con el Espíritu Santo.